

EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA  
Y LA EDUCACIÓN DE LA FE.  
PRINCIPIOS Y CRITERIOS PEDAGÓGICOS

JOSÉ MANUEL MARTOS ORTEGA  
DELEGADO EPISCOPAL DE CATEQUESIS  
JAÉN

Tal vez resulta paradójica la observación que el gran catequista y maestro de Hipona hacía al diácono Deogracias en su obra *De catechizandis rudibus* al exponerle algunos aspectos relativos a la catequesis. San Agustín no duda en situar en el corazón del “arte” de la catequesis la caridad: “Por supuesto que en todas las cosas conviene no sólo tener presente la finalidad del precepto, es decir, “de la caridad, fruto de un corazón puro, de una conciencia recta y de una fe sincera”, para dirigir a ella todo cuanto decimos, sino también mover y orientar hacia esa misma finalidad la atención del que instruimos con nuestras palabras”<sup>1</sup>.

¿Por qué contempla la catequesis desde la óptica del amor? El santo obispo fundamenta en el mismo tratado catequético esta opción pedagógica. Si el fin de la catequesis es el amor<sup>2</sup>, el camino recorrido para alcanzar tal objetivo debe estar inspirado por ese mismo amor. “Teniendo presente que la caridad –afirma san Agustín– debe ser el fin de todo cuanto digas, explica cuanto expliques de modo que la persona a la que te diriges, al escucharte

---

<sup>1</sup> SAN AGUSTÍN, *La catequesis de los principiantes* III, 6, en: *Obras Completas XXXIX* (Madrid 1988).

<sup>2</sup> “A partir de aquí debe iniciarse ya la explicación del hecho que Dios creó todas las cosas muy buenas, y se debe continuar, como dijimos, hasta los tiempos actuales de la Iglesia, de manera que exponamos cada una de las realidades y hechos o acontecimientos que narramos en sus causas y razones, por medio de las cuales refiramos todo a aquel fin del amor, del que no debe apartarse un momento la intención del que habla ni del que escucha” (*Ibíd.*, VI, 10).

crea, creyendo espere y esperando ame”<sup>3</sup>. Si la catequesis es la proclamación gozosa y alegre del misterio del amor de Dios revelado en Jesucristo, el camino recorrido para hacer resonar la invitación amorosa que Dios le dirige al hombre se ha de apoyar en ese mismo amor, testificado en la revelación<sup>4</sup>. Estas reflexiones nos conducen a la certeza de que el método de la exposición catequética ha de contribuir a la manifestación de ese amor de Dios que se dirige hacia quien todavía no le ha correspondido. Dios se adelanta siempre en el amor tomando la iniciativa; así lo expresa san Agustín: “No hay ninguna invitación al amor mayor que adelantarse en ese mismo amor; y excesivamente duro es el corazón que, si antes no quería ofrecer su amor, no quiera luego corresponder al amor”<sup>5</sup>. El método catequético, por tanto, ha de contribuir a descubrir el amor gratuito de Dios, pues, en palabras del doctor de Hipona, “es evidente que no hay causa mayor para iniciar o aumentar el amor como el darse cuenta de que es amado quien todavía no ama, o que es correspondido el que ya amaba, o que espera ser amado o comprueba que ya lo es”<sup>6</sup>.

Verdaderamente para san Agustín no podía pasar inadvertido que la pedagogía utilizada en el discurso catequético debe ser acorde con la naturale-

---

<sup>3</sup> SAN AGUSTÍN, *La catequesis*, o. c., IV, 8.

<sup>4</sup> Afirma san Agustín: “Por tanto, si Cristo vino a este mundo para que el hombre supiera cuanto le ama Dios y aprendiera a encenderse inflamado en el amor del que le amó primero, y en el amor del prójimo, de acuerdo con la voluntad y el ejemplo de quien se hizo prójimo al amar previamente no al que estaba cerca, sino al que vagaba muy lejos de él; y si toda la Escritura divina, que ha sido escrita antes de su venida, ha sido escrita para preanunciar la llegada del Señor, y si todo cuanto más tarde fue recogido en las Escrituras y confirmado con la autoridad divina, nos habla de Cristo y nos invita al amor, es evidente que no sólo toda la Ley los Profetas —que hasta entonces, cuando el Señor predicaba, constituían la única Escritura Santa—, sino también todos los libros divinos que más tarde han sido reconocidos para nuestra salvación y conservados para nuestra memoria, se apoyan en dos preceptos del amor de Dios y del amor del prójimo” (*Ibíd.*, IV, 8).

<sup>5</sup> *Ibíd.*, IV, 7.

<sup>6</sup> *Ibíd.* De esta forma el hombre pecador experimentará la inmensidad desbordante de un amor y misericordia que se inclina hacia él para salvarle. En palabras de san Agustín: “Realmente merece la pena observar que, si los superiores desean ser amados por sus inferiores y se alegran de su obsequiosa obediencia, y cuanto más obedientes los ven tanto más los aprecian, como mucho más amor se inflama el inferior cuando se da cuenta de que el superior le ama. En efecto, el amor es tanto más grato cuanto menos se agosta por la sequedad de la indigencia, y más profusamente fluye de la benevolencia: el primer amor procede de la miseria; el segundo, de la misericordia. Y si acaso el inferior no esperaba la posibilidad de ser amado por el superior, se sentirá movido de modo inefable al amor si aquel espontáneamente se digna manifestarle cuánto le ama a él, que nunca habría osado esperar un bien tan grande” (*Ibíd.*, IV, 7).

za de los misterios que se habían de transmitir. Así también lo ha reconocido el *Directorio General para la Catequesis* algunos siglos después:

“El principio de la fidelidad a Dios y de la fidelidad al hombre lleva a evitar toda contraposición, separación artificial o presunta neutralidad entre método y contenido, afirmando más bien su necesaria correlación e interacción. El catequista reconoce que el método está al servicio de la revelación y de la conversión, y por eso ha de servirse de él. Por otra parte, el catequista sabe que el contenido de la catequesis no es indiferente a cualquier método, sino que exige un proceso de transmisión adecuado a la naturaleza del mensaje, a sus fuentes y lenguajes, a las circunstancias concretas de la comunidad eclesial, a la condición de cada uno de los fieles a los que se dirige la catequesis”<sup>7</sup>.

¿Por qué comenzar este artículo con estas reflexiones? Porque en el *Catecismo de la Iglesia Católica* aparece claramente la vinculación entre contenido y método en la catequesis, recordando la necesidad de mantener unidos en la catequesis actual ambos elementos. En efecto, el rico patrimonio pedagógico de la bimilenaria tradición cristiana ha confluído en la elaboración del *Catecismo de la Iglesia Católica* para ofrecer un compendio de la fe y de la moral que constituya un instrumento privilegiado para transmitir la fe en el mundo de hoy.

La riqueza del patrimonio de la fe transmitido por la Tradición eclesial rezuma las páginas de este texto catequético autorizado, pero es más, la riqueza del legado pedagógico acuñado por la Iglesia a lo largo de los siglos por tantos catequistas y pedagogos que desde la fidelidad a la revelación y con la audacia de buscar siempre caminos y formas nuevas para acercar la Palabra de Dios a los hombres, inspiran y testimonian los principios pedagógicos que han de guiar la tarea catequizadora de la Iglesia.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* lejos de ser únicamente un desarrollo doctrinal contiene una propuesta pedagógica, acorde con la naturaleza de los misterios que se transmiten, para la educación de la fe en el mundo actual. El presente artículo tratará de describir tal propuesta enumerando los criterios y principios pedagógicos que iluminarán la educación de la fe en este nuevo milenio.

---

<sup>7</sup> DGC 149.

I. PUNTO DE PARTIDA:  
LA PEDAGOGÍA DIVINA COMO DIÁLOGO SALVADOR  
ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

En la medida en la que se profundiza en la estructura interna de la exposición de los contenidos de la fe, tal y como son propuestos en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, se constata cómo la dimensión histórico-salvífica inspira su desarrollo y atestigua la pedagogía que Dios ha utilizado para redimir al hombre. El mismo pórtico del Catecismo nos sitúa en esta clave histórico-salvífica por medio de los tres textos que lo encabezan: “Padre, ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo” (Jn 17,3); “Dios, nuestro Salvador... quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1Tm 2,3-4); “No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos” (Hch 4,12), sino el nombre de Jesús”<sup>8</sup>.

El Catecismo nos habla, en primer lugar, de Dios y de su plan de salvación. Dios ha creado al hombre para salvarle, para compartir con Él su vida y su amor; le llama y le ayuda a buscarlo, a conocerlo y a amarlo. En segundo lugar nos presenta un hombre destinado a la salvación y al conocimiento de la verdad. Y, en tercer lugar, centra nuestra atención en Jesucristo, Dios hecho hombre, en quien se realiza el plan salvador de Dios y en quien todos los hombres reciben los dones a los que están llamados a participar por designio gratuito de Dios: la vida divina.

1. *Los protagonistas de este diálogo*

“Dispuso Dios en su bondad y sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de su naturaleza divina”<sup>9</sup>.

Siguiendo de cerca la constitución dogmática *Dei Verbum* del concilio Vaticano II, el Catecismo arranca del designio salvífico y amoroso de Dios que le lleva a salir de sí mismo para revelarse y dar a conocer el misterio de su voluntad por medio de Cristo. En Él los hombres, libremente creados por Dios, serán hechos sus hijos. Si el primer protagonista de este diálogo salvador es Dios, que tiene la iniciativa en el amor, el segundo interlocutor es el

---

<sup>8</sup> CCE, Prólogo.

<sup>9</sup> DV 2.

hombre: “De todas las criaturas visibles sólo el hombre es ‘capaz de conocer y amar a su Creador’ (GS 12,3); es la ‘única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma’ (GS 24,3); sólo él está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para este fin ha sido creado y ésta es la razón fundamental de su dignidad”<sup>10</sup>.

El Catecismo contempla al hombre desde la fe como *imagen de Dios*<sup>11</sup> que le otorga la capacidad de conocerse, poseerse, darse libremente y entrar en comunión con otras personas y le posibilita a su vez para responder con la ayuda de la gracia a la llamada de Dios por medio de la fe. Esta contemplación del hombre como *imagen de Dios*, “capaz de conocer y amar a su Creador”, llamado a participar por el conocimiento y el amor en la vida de Dios es la gran proclamación de la dignidad del hombre, ser privilegiado por Dios creado para el encuentro salvador.

Todo el *Catecismo de la Iglesia Católica* tiene como trasfondo esta llamada del hombre a la comunión con Dios. Desde el comienzo de la catequética se nos habla de la vocación sobrenatural del hombre: “Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso en todo tiempo y en todo lugar está cerca del hombre. Le llama y le ayuda a buscarlo, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Lo hace mediante su Hijo que envió como Redentor y Salvador al llegar la plenitud de los tiempos. En Él y por Él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y por tanto los herederos de su vida bienaventurada”<sup>12</sup>.

El *Catecismo* utiliza diversos términos para indicar esta vocación última del hombre: participar en la vida de Dios<sup>13</sup>; estar llamado a una relación personal con Él<sup>14</sup>; estar llamado a realizar una alianza con su Creador<sup>15</sup>; tener al Creador como fin<sup>16</sup>; entrar en la bienaventuranza divina<sup>17</sup>.

---

<sup>10</sup> CCE 356.

<sup>11</sup> Cf. *ibíd.*, 357.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, 1.

<sup>13</sup> “De todas las criaturas visibles sólo el hombre es ‘capaz de conocer y amar a su Creador’ (GS 12); es la ‘única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma’ (GS 24); sólo él está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para este fin ha sido creado y ésta es la razón fundamental de su dignidad” (CCE 356).

<sup>14</sup> “Porque Dios crea con sabiduría, la creación está ordenada: ‘Tú todo lo dispusiste con medida, número y peso’ (Sb 11,20). Creada en y por el Verbo eterno, ‘imagen del Dios invisible’

El hombre no es “algo”, sino “alguien” a quien Dios ha querido crear como su interlocutor. La condición personal del hombre como “sujeto” no puede separarse de su llamada a la vida divina. Si Dios ha creado al hombre con esta capacidad de autoposeerse y de autodonarse es para que pueda entregarse libremente a Él y a sus hermanos de forma que el ser personal del hombre encontrará su plenitud en la entrega y en el amor, es decir, en el seguimiento de Jesucristo<sup>18</sup>.

## 2. *La historia de la salvación: pedagogía de Dios para llevar a cabo su designio amoroso.*

El *Catecismo de la Iglesia Católica* atestigua el camino recorrido por Dios para llevar a cabo su plan de salvación sobre el hombre. Él, Dios providente, se ha dado a conocer por medio de acciones y palabras íntimamente ligadas entre sí<sup>19</sup>, utilizando una pedagogía de acercamiento a los hombres: “Este designio comporta una pedagogía divina particular: Dios se comunica gradualmente al hombre, lo prepara por etapas para acoger la revelación sobrenatural que hace de sí mismo y que culminará en la persona y la misión del Verbo encarnado, Jesucristo”<sup>20</sup>.

(Col 1,15), la creación está destinada, dirigida al hombre, imagen de Dios (cf Gn 1,26), llamado a una relación personal con Dios” (CCE 299).

<sup>15</sup> “Por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; y es llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar” (*Ibíd.*, 57).

<sup>16</sup> “La vida humana es sagrada, porque desde su inicio es fruto de la acción creadora de Dios y permanece siempre en una especial relación con el Creador, su único fin. Sólo Dios es Señor de la vida desde su comienzo hasta su término; nadie, en ninguna circunstancia, puede atribuirse el derecho de matar de modo directo a un ser humano inocente” (CDF, *Donum vitae* 5)” (CCE 2258).

<sup>17</sup> “La vocación de la humanidad es manifestar la imagen de Dios y ser transformada a imagen del Hijo Único del Padre. Esta vocación reviste una forma personal, puesto que cada uno es llamado a entrar en la bienaventuranza divina; pero concierne también al conjunto de la comunidad humana” (*Ibíd.*, 1877).

<sup>18</sup> L. F. LADARIA, “L'uomo”, en: *Catechismo della Chiesa Cattolica. Testo integrale e commento teologico* (Casale Monferrato 1993) 691.

<sup>19</sup> CCE 53.

<sup>20</sup> *Ibíd.*

Desde esta perspectiva el texto catequético comienza a explicitar las etapas de la historia de la salvación hasta llegar a Cristo. Estas etapas son el testimonio fehaciente de un Dios que se muestra Pedagogo del hombre para conducirlo hacia Él y son, a su vez, expresión de cómo Dios nunca abandona al hombre<sup>21</sup>. Por medio de estas etapas que tienen como finalidad principal “preparar la venida de Cristo, redentor universal”<sup>22</sup>, Dios ha ido conduciendo a la humanidad hacia sí para que responda a su llamada por medio de su Hijo Unigénito.

Desde la creación, comienzo de la historia de la salvación<sup>23</sup>, Dios no ha dejado de manifestarse a los hombres para invitarlos a entrar en comunión con Él. Ni siquiera el drama del pecado truncó esta voluntad salvífica de Dios para con el hombre, sino, tal como afirma el Catecismo, “después de su caída (...) alentó en ellos la esperanza de la salvación con la promesa de la redención y tuvo incesantemente cuidado del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras”<sup>24</sup>.

Desde la historia de los patriarcas hasta la elección de Israel como Pueblo escogido, Dios verdaderamente no ha abandonado a los hombres. Pero es en la historia de Israel el momento en que Dios se muestra más diáfananamente como Pedagogo del hombre. Con este Pueblo elegido Dios estableció una alianza y le dio una ley para que le reconociese y le sirviera como a su único Dios. Esta ley también ayudó a esperar al Mesías prometido. “Esta pedagogía de Dios aparece especialmente en el don de la Ley, que fue dada como un ‘pedagogo’ para conducir al Pueblo hacia Cristo”<sup>25</sup>. La Ley, por tanto, que nace de la sabiduría y providencia de Dios, se puede considerar como *una instrucción paternal* por la que Dios muestra a los hombres los caminos que se conducen a la bienaventuranza prometida y proscribire aquellos que apartan de Dios y de su amor<sup>26</sup>. “La Ley antigua es una preparación para el Evangelio. La ley es profecía y pedagogía de las realidades venideras. Profetiza y presagia la obra de liberación del pecado que se realizará con Cristo”<sup>27</sup>.

---

<sup>21</sup> Cf. CCE 1609.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, 122.

<sup>23</sup> Cf. *ibíd.*, 280.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, 55.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, 708.

<sup>26</sup> Cf. *ibíd.*, 1950.

<sup>27</sup> Cf. *ibíd.*, 1964.

Nacida en el ámbito de la alianza de Dios con su pueblo, descrita por los profetas con la imagen del amor sponsal exclusivo y fiel<sup>28</sup>, la ley es anuncio del desposorio que Dios realizará con la humanidad por medio del Verbo hecho carne. En Jesucristo Dios busca y habla al hombre realizando así el plan trazado desde antiguo: "En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca. La Encarnación del Hijo de Dios testimonia que Dios busca al hombre. De esta búsqueda Jesús habla como del hallazgo de la oveja perdida (cf. Lc 15,1-7). Es una búsqueda que nace de lo íntimo de Dios y tiene su punto culminante en la encarnación del Verbo, Dios va en busca del hombre, creado a su imagen y semejanza, lo hace porque lo ama eternamente en el Verbo y en Cristo lo quiere elevar a la dignidad de hijo adoptivo. Por tanto Dios busca al hombre, que es su propiedad particular de un modo diverso de cómo lo es cada una de las otras criaturas. Es propiedad de Dios por una elección de amor: Dios busca al hombre movido por su corazón de Padre"<sup>29</sup>.

Por tanto es en Cristo el Hijo de Dios, Salvador de los hombres, en quien el hombre puede participar de esa vida de Dios que es don y gracia. Es el encuentro con el Señor y en su seguimiento el camino por el hombre puede recibir el don de la filiación.

Esa fue precisamente la misión que el Señor resucitado encomienda a sus discípulos antes de subir a los cielos: "Poneos, pues, en camino, haced discípulos de todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado" (Mt 28,19-20). La Iglesia nunca ha dejado de realizar esta misión que el Señor Resucitado confió a sus discípulos. Con audacia siempre ha buscado caminos nuevos para hacer realidad este encargo.

La Iglesia tiene que transmitir la fe que ha recibido por medio de la evangelización. Entre las muchas acciones que realiza cualquier comunidad cristiana ocupa un lugar central la catequesis, ya que junto a la celebración de los sacramentos de Iniciación cristiana el hombre llega a ser hijo de Dios y discípulo de Cristo. Así lo dice el Catecismo: "Muy pronto se llamó catequesis al conjunto de los esfuerzos realizados en la Iglesia para hacer discípulos, para ayudar a los hombres a creer que Jesús es el Hijo de Dios a fin de que, por la fe, tengan la vida en su nombre, y para educarlos e instruirlos en esta vida y construir así el Cuerpo de Cristo"<sup>30</sup>.

---

<sup>28</sup> Son importantes las siguientes citas de los profetas: Os 1-3; Is 54. 62; Jr 2-3; Ez 16. 23.

<sup>29</sup> TMA 7.

<sup>30</sup> Cf. CT 1,2.



### 3. *El Catecismo de la Iglesia Católica: una pedagogía que introduzca al catecúmeno en el diálogo salvador con Dios*

A esta altura de nuestro desarrollo hemos de preguntarnos cómo se llega a ser discípulo de Cristo. La respuesta la tenemos en el mismo Evangelio: por medio del encuentro con el Señor. Las páginas del Evangelio están salpicadas de encuentros salvadores que transforman la vida del hombre e inician un camino de seguimiento de Jesucristo. Esta pedagogía del encuentro con Cristo, camino que nos conduce hacia el Padre en el Espíritu caracterizará la naturaleza más profunda de la catequesis. Así lo señaló la Exhortación apostólica postsinodal *Catechesi tradendae*: “El objeto esencial y primordial de la catequesis es, empleando una expresión muy familiar a san Pablo y a la teología contemporánea, ‘el misterio de Cristo’. Catequizar es en cierto modo llevar a uno a escrutar ese misterio en toda su dimensión: ‘iluminar a todos acerca de la dispensación del misterio..., comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la largura, la altura y la profundidad y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios’<sup>31</sup>. Se trata por tanto, de descubrir en la persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en Él. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo, pues ellos encierran y manifiestan a la vez su misterio. En este sentido, el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión y en intimidad con Jesucristo; sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad”<sup>32</sup>.

La Iglesia ha recibido del Señor el encargo de continuar su misión después de su resurrección. Ella es el instrumento “querido por Dios para realizar en la vida de cada hombre esta obra de la salvación que hace que podamos compartir su vida y su amor”<sup>33</sup>. Ella es el instrumento querido por Dios para ser el sacramento de Cristo, haciendo posible que todo hombre se encuentre con Él. De este modo podemos utilizar la imagen de Madre aplicada a la Iglesia con toda legitimidad. Lo mismo que la Virgen María, la Madre del Señor, la Iglesia está llamada a dar a luz a Cristo en la vida de los hombres. Para esta misión ella conserva fielmente en su corazón el Evangelio, lo anuncia, lo celebra, lo vive y lo transmite en la catequesis a todos aquellos

---

<sup>31</sup> Ef 3,9.18ss.

<sup>32</sup> CT 5.

<sup>33</sup> IC 11.

que han decidido seguir a Jesucristo<sup>34</sup>. Esto es precisamente la transmisión de la fe, entregar lo que ella ha recibido y vive, su comprensión del misterio de Dios y de su plan de salvación; su visión de la gran vocación del hombre (ser hijo de Dios y poder compartir con él su vida); el estilo de vida evangélico que comunica la dicha del Reino; la esperanza que la invade; el amor que siente por la humanidad y por todas las criaturas de Dios<sup>35</sup>.

Toda la pedagogía que la Iglesia ha utilizado a lo largo de los siglos, apoyada en la pedagogía que Dios ha seguido al revelarse, ha estado al servicio de ese encuentro salvador. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, como instrumento para transmitir la fe en la catequesis, está al servicio de ese encuentro con Cristo. Y es ese misterio de Cristo el que determina la estructura del Catecismo. La Constitución apostólica *Fidei depositum* por la que se promulga el texto catequético así lo señala: “Las cuatro partes se articulan entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera parte); es celebrado y comunicado mediante acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera parte); es el fundamento de nuestra oración, nuestra alabanza y nuestra intercesión (cuarta parte)”<sup>36</sup>.

Por medio de esta exposición catequética la Iglesia pone al catequizando en comunión con este misterio para que lo profese, lo celebre, lo viva y lo contemple y de esta forma pueda participar de la vida con la que Dios lo agracia. En efecto en el Catecismo: “se puede percibir la admirable unidad del misterio de Dios, de su designio de salvación, así como el lugar central de Jesucristo Hijo único de Dios, enviado por el Padre, hecho hombre en el seno de la Virgen María por el Espíritu Santo, para ser nuestro Salvador. Muerto y resucitado, está siempre presente en su Iglesia, particularmente en los sacramentos; es la fuente de la fe, el modelo del obrar cristiano y el maestro de nuestra oración”<sup>37</sup>.

Por medio del Catecismo la Iglesia entrega la fe para que cada hombre entre en comunión con Jesucristo por medio del conocimiento, celebración, vivencia y contemplación de su misterio. Aquí tendríamos el primer criterio pedagógico que ha de inspirar la educación de la fe en el mundo actual: el anuncio y la proclamación de la Iglesia se encaminan hacia el encuentro con Jesucristo, camino que nos introduce en la vida de Dios. El mismo papa Juan

---

<sup>34</sup> Cf. DGC 78.

<sup>35</sup> Cf. *ibíd.*

<sup>36</sup> FD 3.

<sup>37</sup> *Ibíd.*

Pablo II nos hacía caer en la cuenta de esta exigencia: “La nueva evangelización, cuyo destino está estrechamente ligado a la labor catequística, tiene como punto de partida la certeza de que en Cristo se halla una riqueza inescrutable (cf. Ef 3,8) que ninguna cultura ni época pueden agotar y a la que están invitados continuamente a acudir, a fin de orientar su los hombres existencia. Esta riqueza es, sobre todo, la persona misma de Cristo, en el que tenemos acceso a la verdad sobre Dios y el hombre. Quienes creen en él, cualquiera que sea la época o cultura a la que pertenezcan, hallan respuestas a las preguntas siempre antiguas y siempre nuevas acerca del misterio de la existencia y que están grabadas indeleblemente en el corazón del hombre”<sup>38</sup>.

a) La entrega de la fe: exigencia de la catequesis actual.

“Durante siglos, un elemento importante de la catequesis era precisamente la *traditio symboli* (o transmisión del compendio de la fe) seguida de la entrega de la oración dominical. Este rito expresivo ha vuelto a ser introducido en nuestros días en la iniciación de los catecúmenos”<sup>39</sup>.

Este texto de la exhortación apostólica *Catechesi tradendae* nos recuerda la importancia y la centralidad que la entrega de la fe ha tenido a lo largo de la historia, hasta tal punto que incluso ha configurado la identidad de la catequesis a lo largo de los siglos y su forma de proceder. Fiel a esta exigencia el *Catecismo de la Iglesia Católica* se presenta como un acto del sucesor de Pedro por el que entrega la fe que ha recibido de los Apóstoles para confirmar en la fe a los nuevos discípulos del Señor<sup>40</sup>. En este sentido el Catecismo nos recuerda que la catequesis nunca puede abandonar ni descuidar ese servicio de la fe, bajo el riesgo de perder su identidad más profunda. En este momento de nuestro desarrollo hemos de acudir a la historia para que ella nos muestre el alcance y exigencias pedagógicas que tiene esa entrega para el hombre de hoy.

---

<sup>38</sup> JUAN PABLO II, “Discurso a los Presidentes de las Comisiones Nacionales para la catequesis (29-IV-93)”: *Ecclesia* 2633 (22-V-1993) 774.

<sup>39</sup> CT 28.

<sup>40</sup> “Aprobar el Catecismo de la Iglesia Católica, y publicarlo con carácter de instrumento de derecho público pertenece al ministerio que el sucesor de Pedro quiere prestar a la Santa Iglesia Católica, a todas las iglesias particulares en paz y comunión con la Sede Apostólica: es decir, el ministerio de sostener y confirmar la fe de todos los discípulos del Señor Jesús (cf. Lc 22,32), así como de reforzar los vínculos de unidad en la misma fe apostólica” (FD 4).

El credo o Símbolo bautismal es una expresión privilegiada de la fe no sólo porque es un acertado y autorizado resumen de las cosas que debe creer el cristiano, sino por razones más profundas. El Símbolo bautismal no es un texto dirigido originaria y primariamente a adoctrinar ni tampoco a resolver conflictos doctrinales<sup>41</sup>. Es una expresión concreta y sobria que ha surgido en un contexto litúrgico, cuya “verdadera y original finalidad, su primaria ‘raison d’être’ fue su papel de afirmaciones solemnes de fe en el contexto de la iniciación bautismal”<sup>42</sup>.

“Lejos de ser una lista cualquiera, una colección, una serie, un catálogo, el Credo es un conjunto vigorosamente constituido. Tiene una estructura. No se trata de una simple forma literaria. La idea misma de la fe cristiana en su originalidad propia está vinculada con la estructura del Símbolo en el que esa fe ha adquirido cuerpo... Es, pues, esencial que sepamos apreciar y que

---

<sup>41</sup> Cf. A. PALENZUELA, “La confesión de fe en Jesucristo, objeto de la predicación de la Iglesia”: *Actualidad Catequética* 174 (1997) 72.

<sup>42</sup> J. N. D. KELLY, *Primitivos Credos Cristianos* (Salamanca 1980) 49. Algunos autores, aunque consideran que el *Sitz im Leben* primero del origen de las primitivas confesiones de fe sea el bautismal, señalan además otros. Así, Kelly (*ibíd.*, 28-29) comenta: “estos comienzos de cristalización no tuvieron lugar de un modo puramente accidental. Se debieron más bien a situaciones particulares en la vida de la Iglesia. Circunstancias especiales obligaron a exponer o declarar la doctrina cristiana: se exigía algo así como un credo. Lo que más a fondo se ha investigado es el bautismo. A los candidatos que pedían ser admitidos en la Iglesia se les pedía una cierta seguridad en la fe y, por tanto, una cierta profesión de esa fe. Pero es una equivocación concentrarse exclusivamente en el bautismo, y es ni más ni menos lo que han tendido a veces los estudiosos. La instrucción catequética que precedía al bautismo era también una buena ocasión para la formación de sumarios de credos. Y lo mismo se diga de la predicación: variaba sin duda alguna el método y el estilo de los diferentes predicadores, pero el contenido y formulación de su mensaje, tiene que haberse conformado a ciertas líneas comúnmente aceptadas. La polémica diaria de la Iglesia, fuera contra los herejes surgidos de ella o contra los paganos, presentaba otra ocasión propicia para que surgieran los credos. Otro ambiente propicio para ello era la liturgia: en ella tenían su cabida natural las expresiones solemnes de fe en la forma de himnos, oraciones o aclamaciones de fe. Un caso especialmente interesante es el rito del exorcismo... Otra de las cosas de que no se puede prescindir es la relación de los dirigentes de la Iglesia con sus comunidades. En la antigüedad misma que ahora las cartas, sobre todo las oficiales (recuérdese que las cartas cristianas con frecuencia pretendían que se las leyera en las reuniones de la comunidad), estuvieron sembradas de frases estereotipadas. No es raro que sepan a profesiones formales de fe en forma de cartas”. Anteriormente Cullmann también señaló cinco circunstancias influyentes en el nacimiento de las fórmulas de fe: el bautismo y el catecumenado, el culto regular, los exorcismos, las persecuciones y la polémica contra los herejes (cf. O. CULLMANN, “Las primeras confesiones cristianas de fe”, en: *La fe y el culto en la Iglesia primitiva* [Madrid 1971] 78).

analicemos esa estructura”<sup>43</sup>. La unicidad de Dios y la Trinidad de las divinas personas en él es el marco y, a la vez, el núcleo del Símbolo. “Este Dios en quien el cristiano hace su proclamación y cree; este Dios que es toda su fe y en el nombre del cual ha venido a la Iglesia a pedir el bautismo no es sencillamente la Divinidad lejana, inaccesible, cuya realidad se impone a su inteligencia... Dios nos ha abierto, como quien dice, su ser íntimo, revelándonos su designio... Dios mismo ha hablado. Y de Él mismo. Dios se reveló a los hombres Padre, Hijo y Espíritu; Dios único, ¡Dios vivo!”<sup>44</sup>.

La confesión de fe en forma interrogativa con el triple ‘creo’ formaba parte del acontecimiento bautismal<sup>45</sup>. La práctica bautismal de la Iglesia primitiva hasta los siglos IV y V atestigua cómo la confesión de fe tiene la forma de diálogo. Cuando el bautizando se encontraba sumergido en el agua, el ministro le formulaba tres preguntas: “¿Crees en Dios Padre? ¿Crees en Jesucristo su Hijo? ¿Crees en el Espíritu Santo?”; el candidato respondía a cada pregunta: “creo” y recibía el baño bautismal.

Hubo un momento, a partir del siglo IV<sup>46</sup>, en que la profesión de fe perdió su forma interrogativa y pasa a tomar una forma declarativa, objeto de enseñanza a los catecúmenos. Los credos declaratorios pueden ser considerados como un signo del desarrollo de la institución del catecumenado como preparación a los sacramentos de la iniciación. Por tanto es necesario mantener la unión existente entre el origen del Símbolo y el sacramento bautismal. En vistas al bautismo se desarrollaba la institución catequética cuyo acertado

<sup>43</sup> H. DE LUBAC, *La fe cristiana* (Salamanca 1988) 59.

<sup>44</sup> *Ibid.*, 92. Hay que afirmar la unidad que el plan salvífico de Dios confiere a todo. Como afirma Le Guillou: “en la Iglesia sólo la verdad trinitaria mantiene la unidad” y añade “a la luz de su misterio de Hijo que, antes de la creación del mundo, desde la eternidad se encontraba junto a Dios, ya todo adquiere sentido; desde el misterio de los orígenes hasta el final de todas las cosas. Pasado, presente, porvenir se recapitulan en la unidad del Espíritu... Todo el pasado de la historia sagrada, de la ley y de los profetas, de los acontecimientos de la vida de Cristo, descubren el hogar que le confiere la unidad: el designio amoroso del Padre” (M. J. LE GUILLOU, *El Misterio del Padre. Fe de los Apóstoles. Gnosis actuales* [Madrid 1998] 77-78).

<sup>45</sup> Para un desarrollo amplio de la función de la triple invocación trinitaria al interior del rito sacramental cf. KELLY, o. c., 58-68.

<sup>46</sup> “Los credos declaratorios tuvieron su importancia propia en el rito bautismal (entendido en el sentido más amplio del término) al menos a partir del siglo IV. Se puede incluso afirmar que su importancia se afianzó cada vez más... No hay duda de que para los primeros siglos el credo declaratorio no fue ni la única ni la más importante profesión de fe hecha en el bautismo. Las ‘preguntas sobre la fe’ (*interrogationes de fide*) y las correspondientes respuestas representaban, como hemos visto ya, otra profesión. De hecho, siendo como eran el núcleo del rito, es difícil que no se tomaran como lo esencial” (KELLY, o. c., 56-57).

resumen es la instrucción catequética. La instrucción catequética y el sacramento estaban tan íntimamente unidos que el término bautismo se podría usar para designar a ambas a la vez. En vistas a la triple inmersión y a la triple profesión de fe en el Dios Trinidad se articulaba la enseñanza catequética con una estructura claramente ternaria. Un ejemplo claro lo encontramos en *La Demostración Apostólica* de san Ireneo. El obispo de Lión relaciona “la regla de fe” con el bautismo que hace al hombre renacer de Dios<sup>47</sup>, y a partir de los tres artículos de la fe articula la presentación del mensaje cristiano. En esta preparación catequética, los símbolos “eran sumarios de doctrina cristiana ideados como ayuda para los convertidos que recibían la enseñanza”<sup>48</sup>.

---

<sup>47</sup> “He aquí la Regla de nuestra fe, el fundamento del edificio y la base de nuestra conducta: Dios Padre, increado, ilimitado, invisible, único Dios, creador del universo. Este es el primer y principal artículo de nuestra fe. El segundo es: el Verbo de Dios, Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, que se ha aparecido a los profetas según el designio de su profecía y según la economía dispuesta por el Padre; por medio de Él ha sido creado el universo. Además al fin de los tiempos para recapitular todas las cosas se hizo hombre entre los hombres, visible y tangible, para destruir la muerte, para manifestar la vida y restablecer la comunión entre Dios y el hombre. Y como tercer artículo: El Espíritu Santo por cuyo poder los profetas han profetizado y los Padres han sido instruidos en lo que concierne a Dios, y los justos han sido guiados por el camino de la justicia, y que al fin de los tiempos ha sido difundido de un modo nuevo sobre la humanidad, por toda la tierra, renovando al hombre para Dios. Por eso el bautismo, nuestro nuevo nacimiento, tiene lugar por estos tres artículos, y nos concede renacer a Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo...” (S. IRENEO DE LIÓN, *Demostración de la Predicación Apostólica* [Madrid 1992] 6-7).

<sup>48</sup> KELLY, o. c., 69. Desde los orígenes de la Iglesia se sintió la necesidad de un resumen “apostólico” de la doctrina cristiana, ya que ésta no se transmitía mas que de forma oral. En aquel momento, incluso antes de la fijación de los relatos evangélicos deben haberse establecido fórmulas simbólicas breves (para un mayor estudio de este periodo cf. CULLMANN, a. c., 70ss.; KELLY, o. c., 21-45; B. SESBOÛE, *El contenido de la tradición: regla de fe y símbolos (siglos II-V)*, en: *Id.* (dir.), *Historia de los dogmas. Tomo I: El Dios de la salvación* [Salamanca 1985] 64-68). Esta fe, transmitida por la comunidad cristiana en fórmulas breves es atestiguada en el NT; en él encontramos cuatro tipos de fórmulas. Un modelo cristológico en el que al nombre de Jesús se une un título: “Kyrios Iêsoûs” (Jesús es Señor) (cf. 1Co 12,3; Rm 10,9; Hch 8,16; 11,17. 20; 16,31; 19,5; 1Co 6,11; Flp 2,11; Col 2,6); “Jesús es el Mesías” (cf. 1Jn 2,22; Mc 8, 30); “Jesús es el Hijo de Dios” (cf. Mc 3,11; 5,7; Hch 8,36-38; 1Jn 4,15; 5,5, etc). Un segundo modelo cristológico considerado como formulaciones del kerigma primitivo: Hch 2,14-39; 3,12-26; 4,9-12; 5,29-32; 10,34-43; 13,16-41; 1Co 15,3-5; 1Ts 4,14; 5, 10; Ga 1,4; 2,20; Rm 4,25; 8,34; Flp 2,6-11; Rm 1,3-4; 1P 3,18. Un modelo binario en el que aparece Dios Padre con relación a Cristo: 1Co 8,6; 1Tm 2,5-6; 6,13; Rm 4,24; 8,11; 2Co 4,14; Col 2,12; 1P 1,21. Un modelo ternario en el que se pone en relación concreta el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu: Mt 28,19-20; Lc 24,49; Rm 1,1-4; 5,1-5; 14,17ss.; 15,16. 30; 1Co 2,10-16; 6,13ss.; 12,3-6; 2Co 3,3; 13,13; Ef 1,3. 11-13. 17; 2,18-22; 3,3-7; 4,4; 1P 1,2; 4,14.

Esta importancia de los credos declaratorios se inscribe dentro del rito de la *traditio symboli*, por el que el obispo en las últimas semanas de la Cuaresma entrega la fe de la Iglesia contenida en el Símbolo y pide que los catecúmenos lo aprendan de memoria, “que lo guarden en su corazón, lo graven en su alma”<sup>49</sup>; el obispo, por su parte, comentaba artículo por artículo el contenido de la fe eclesial. Se espera de los catecúmenos la *redditio*, la proclamación de la fe en la víspera del bautismo como culmen de la preparación catequética que desembocaba en el sacramento<sup>50</sup>. Sin embargo, a pesar de abandonar su primitiva forma interrogativa, el Símbolo no pierde su intención original de manifestar públicamente la entrega del creyente a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

a) Implicaciones de la entrega del Símbolo para la catequesis actual.

Podemos considerar distintas dimensiones de la entrega del Símbolo que nos ayudan a comprender el alcance que tiene la transmisión de la fe actualmente, a la que quiere servir el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

1) *El Símbolo, expresión de la alianza de Dios con el hombre*.- En el interrogatorio bautismal, a través de las preguntas del ministro, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo inicia el diálogo salvador con el candidato. Dios manifiesta sus obras en favor del hombre “se le muestra la Palabra de Dios actuando en el mundo, transformando la historia de los hombres en historia de salvación”<sup>51</sup> y le ofrece entrar en comunión indisoluble de amor con él para llevarlo a la plenitud de vida para la que el hombre, imagen de Dios, había sido creado.

La fe constituye nuestra participación desde nuestra humanidad en el diálogo salvífico de Dios con el hombre<sup>52</sup>. La fe es “resultado de un diálogo,

---

<sup>49</sup> Valgan como ejemplo estos dos testimonios: “Todo el que desee alcanzar plenamente la fe y el bautismo debe ser instruido y enseñado acerca de la fe que se contiene en el Símbolo, de modo que guarde en su corazón los breves artículos del Símbolo y lo pueda recitar diariamente en privado, antes de acostarse y cuando se despierte, teniéndolo presente en su mente a todas las horas” (NICETAS DE REMISIANA, *Catecumenado de adultos* [Madrid 1992] 132). “No quiero que escribas en un papel, sino que se te graven en la memoria del corazón. Ten en cuenta también que, al meditar lo que fue enseñado, el catecúmeno que lo escuche, tenga en esa fe como un alimento para toda su vida... Por lo tanto escucha simplemente la lectura de las verdades de la fe y apréndela de memoria, grábatela en tu misma alma” (SAN CIRILO DE JERUSALÉN, “Catequesis” V,12, en: *ID.*, *Las verdades de la fe. Catequesis IV-XII* [Salamanca 1989]).

<sup>50</sup> Cf. KELLY, o. c., 69-70.

<sup>51</sup> DE LUBAC, *La fe cristiana*, o. c., 94.

<sup>52</sup> Cf. *ibíd.*, 330.

expresión de una audición, de la recepción y de la respuesta, mediante el intercambio del yo y del tú<sup>53</sup>. La fe no es fruto de la reflexión del hombre ni de sus elucubraciones ni de una proyección de sus deseos, sino que nace de una convocación, de una llamada, de una interpelación por parte de un Tú que invita a instaurar un diálogo salvador. La fe se fundamenta en “la doble estructura del ‘¿crees? – creo’, la del ser llamado desde fuera y responder a esa llamada”<sup>54</sup>. Creer en Dios es “poner incondicionalmente la propia vida en manos del Otro, confiarle no ya algo propio, sino a sí mismo. Según una sugestiva etimología medieval, *credere* es dar el corazón, ofrecerse en lo más profundo de uno mismo con la mayor libertad a aquel que invita desde la oscuridad y el silencio para que sea él el que gestiona la existencia que ha aceptado salir de sí misma y abandonarse en sus manos (...) Creer no es entonces en primer lugar aceptar una cosa, sino aceptar a Alguien, renunciar a instalarnos en una celosa posesión, para que el Otro habite en nosotros, entregándole por completo nuestra existencia”<sup>55</sup>. Por tanto la fe antes que un “creer que” es un “creer en”. La tradición cristiana creó el solecismo *pīstuw eij* (creer en) para expresar este acto original de la fe<sup>56</sup>, como entrega al Dios Trinitario.

De esta estructura dialogal o de alianza se desprende una imagen de Dios y el hombre. El “crees” del interrogatorio bautismal indica la iniciativa del Padre con respecto al hombre, que por su Hijo y en el Espíritu Santo, se ha acercado para entregarse amorosamente a él. De igual forma se desprende una imagen del hombre, como ser dialogal, constitutivamente abierto a Dios, tal y como afirmábamos anteriormente.

“La revelación, que es interpelación personal del hombre por Dios, suscita también en el hombre una respuesta personal: la fe”<sup>57</sup>. En el Credo bautismal la estructura de llamada y respuesta, presente a lo largo de toda la historia de la salvación, se concentran en este momento para hacerlo realidad en la vida de una persona. “El Símbolo es asimilado a un pacto que exige fidelidad”, “pacto de vida”, “pacto de esperanza”, “vínculo indisoluble de fidelidad entre el cristiano y su Dios”<sup>58</sup>.

---

<sup>53</sup> J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo* (Salamanca 1994) 66.

<sup>54</sup> *Ibid.*, 67.

<sup>55</sup> B. FORTE, *La teología como compañía, memoria y profecía* (Salamanca) 1990. 60.

<sup>56</sup> Para un desarrollo amplio de esta cuestión cf. DE LUBAC, *La fe cristiana*, o. c., 288-295.

<sup>57</sup> *Ibid.*, 295.

<sup>58</sup> Cf. *ibid.*, 355-356.



Diversos aspectos hemos de considerar a este respecto. Por una parte el candidato se convertía al Dios vivo después de haber llevado a cabo su renuncia al reino de Satanás o a los ídolos. La confesión de fe bautismal era también claramente expresión de la conversión del candidato. Como afirmaba Nicetas de Remisiana: “No se accede a hacer la profesión de fe sin haber renunciado antes al diablo... Pero conviene que las renunciaciones no sean sólo de palabra o con los labios, sino con una fe fortísima y con una conciencia en la que no quepan dudas, es decir, de modo que el hombre se entregue con todas las fuerzas de su alma a Cristo, con la confianza de que perteneciendo a Cristo deja de temer al diablo”<sup>59</sup>. La confesión de la fe lleva consigo una dimensión de *metánoia* iniciando “un proceso que abarca a la existencia entera y le afecta totalmente, es decir, definitivamente, en la totalidad de su extensión temporal”<sup>60</sup>. En los exorcismos que jalaban el periodo catecumenal se hace palpable esta conversión que no consiste en una actitud cristiana cualquiera, sino en un acto fundamental marcado por una modificación, un cambio, un hacerse otro, nuevo y diferente. Para llegar a ser cristiano el hombre tiene que cambiar, no de un lado a otro, sino iniciar un camino hacia el Dios que irrumpe en la vida, llama y convoca. En este sentido la *metánoia* se inserta en la realidad de la alianza<sup>61</sup>, camino por el que el hombre se dirige al que es el centro de su ser, al fundamento de su vida y a quién confesará como Padre, Hijo, y Espíritu.

Todos estos elementos confluyen en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Recordemos de nuevo los tres textos con los que se inicia el texto: “Padre, ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo” (Jn 17,3); “Dios, nuestro Salvador... quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1Tm 2,3-4); “No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos (Hch 4,12), sino el nombre de Jesús”<sup>62</sup>. Estos textos bíblicos evocan esa Alianza de vida y amor que Dios quiere realizar con cada hombre por medio de Jesucristo. Por medio de la transmisión de la fe, unida a los sacramentos de la Iniciación cristiana, Dios se acerca al hombre y le ofrece entrar en comunión de vida y de amor; y el hombre, imagen de Dios, constituido a su imagen y semejanza, por medio de su respuesta libre acepta el don de Dios y se entrega confiadamente a él. El Catecismo, como acto de

---

<sup>59</sup> NICETAS DE REMISIANA, o. c., 130-131.

<sup>60</sup> J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos* (Barcelona 1985) 63.

<sup>61</sup> Cf. *ibíd.*, 68.

<sup>62</sup> CCE, Prólogo.

tradición viva, es un instrumento al servicio del encuentro de Dios con el hombre por medio de una transmisión fiel y autorizada de la revelación divina que propicia la respuesta de la fe<sup>63</sup>, que tal como se describe en el Catecismo es “un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela”<sup>64</sup>. Para cumplir esta misión de transmisión de la revelación al hombre de hoy para suscitar en él la respuesta de la fe, el Catecismo ofrece “una exposición orgánica y sintética de los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina católica, tanto sobre la fe como sobre la moral, a la luz del concilio Vaticano II y del conjunto de la Tradición de la Iglesia. Sus principales fuentes son la Sagrada Escritura, los santos Padres, la Liturgia y el Magisterio de la Iglesia”<sup>65</sup>.

Pero ¿qué criterios o principios pedagógicos aporta a la catequesis esta dimensión del Catecismo como entrega de la fe que funda la alianza de Dios con el hombre en Jesucristo?

En primer lugar el Catecismo nos recuerda que toda pedagogía catequética si quiere ser fiel a la misión que le corresponde desempeñar al interior de la educación de la fe se ha de fundar e inspirar en la pedagogía que Dios ha utilizado para revelarse a los hombres. Recordemos la advertencia que el *Directorio General para la Catequesis* hace: “La catequesis, en cuanto comunicación de la revelación divina, se inspira radicalmente en la pedagogía de Dios tal como se realiza en Cristo y en la Iglesia, toma de ella sus líneas constitutivas y, bajo la guía del Espíritu Santo, desarrolla una sabia síntesis de esa pedagogía, favoreciendo así una verdadera experiencia de fe y un encuentro filial con Dios”<sup>66</sup>.

Inspirarse en la pedagogía de Dios lleva implícito asumir actualmente el rico patrimonio pedagógico acuñado por la comunidad cristiana en la que se continúa visiblemente la pedagogía del Padre y del Hijo. No puede pasar inadvertido, después de nuestro desarrollo, que una auténtica pedagogía de

---

<sup>63</sup> Con frecuencia el Santo Padre ha insistido en este aspecto: JUAN PABLO II, “Discurso a la Pontificia Comisión para la preparación del Catecismo” (15-XI-86): *Ecclesia* 2299 (22-XI-86) 1802; “Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal Suiza con motivo de la visita ‘ad limina Apostolorum’” (11-VII-92): *Ecclesia* 2596 (5-IX-92) 1333-1334; “Discurso en la presentación oficial del Catecismo de la Iglesia Católica” (7-XII-92): *Ecclesia* 2610-11 (12-XII-92) 1893; “Discurso a los participantes en el Congreso Internacional de Catequesis” (17-X-97): *Ecclesia* 2866 (8-XI-97) 1671-1672.

<sup>64</sup> CCE 166.

<sup>65</sup> *Ibid.*, 11.

<sup>66</sup> DGC 143.

la fe debe estar al servicio del “diálogo de la salvación” entre Dios y la persona. Esta pedagogía al servicio de la alianza entre Dios y el hombre ha de poner de relieve los siguientes elementos por parte de Dios: el destino universal de la salvación, la iniciativa divina que se adelanta al hombre en el amor, la gratuidad de la llamada, el respeto de la libertad; y ha de evidenciar, por parte del hombre la dignidad del don recibido, la exigencia de conversión y la necesidad de un crecimiento constante en su respuesta<sup>67</sup>.

Unida a la anterior exigencia encontramos otra no menos importante. La Iglesia para educar en la fe no posee un método único sino, sirviéndose de la profundización de las ciencias pedagógicas y de la comunicación, continuamente busca el camino más adecuado para transmitir la revelación. Pero bien sabemos que no todos los métodos que van surgiendo desde el ámbito de las ciencias pedagógicas son compatibles sin más con la realidad de la transmisión de la fe. El Directorio nos recuerda que el método en catequesis “está al servicio de la revelación y de la conversión, y por eso ha de servirse de él” y que “el contenido de la catequesis no es indiferente a cualquier método, sino que exige un proceso de transmisión adecuado a la naturaleza del mensaje, a sus fuentes y lenguajes, a las circunstancias concretas de la comunidad eclesial, a la condición de cada uno de los fieles a los que se dirige la catequesis”<sup>68</sup>. De aquí la necesidad y exigencia de un discernimiento crítico de los métodos utilizados para la transmisión y educación de la fe; a la luz de la pedagogía de Dios la Iglesia “discierne los métodos de cada época, asume con libertad de espíritu todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio (Flp 4,8), en síntesis, todos los elementos que no son contrarios al Evangelio y los pone a su servicio”<sup>69</sup>.

Si la transmisión y educación de la fe tiene una estructura propia de *llamada-respuesta* y *entrega amorosa-aceptación gozosa* la metodología utilizada no puede contrariarla. Por tanto no son compatibles aquellas metodologías que únicamente propician una profundización de la experiencia humana sin más como si la fe naciese de una simple introspección del corazón humano o aquellas que dejan anclado al hombre en un inmanentismo que responden a una concepción del hombre como un ser cerrado en sí mismo, ignorando, o a veces incluso negando, la dimensión más profunda de la identidad del hombre, su ser imagen de Dios, llamado al encuentro con el Señor,

---

<sup>67</sup> Cf. DGC 143.

<sup>68</sup> *Ibid.*, 149.

<sup>69</sup> *Ibid.*, 148.

capaz de responder a la llamada divina. Con esto no queremos negar la importancia de la experiencia humana en la catequesis –el mismo *Directorio General para la Catequesis* señaló recientemente la función que realiza la misma en la catequesis<sup>70</sup>– sino recordar que únicamente de la profundización de la experiencia humana no nace la fe si ésta no va acompañada de una transmisión de los misterios cristianos. A la luz de las reflexiones expuestas anteriores podemos afirmar que siempre es necesario e insustituible el anuncio claro y explícito del Evangelio. Ya lo afirmaba el apóstol san Pablo en la carta a los romanos: “La fe surge de la proclamación”<sup>71</sup>.

Recordemos la dinámica del catecumenado antiguo es el anuncio de Cristo y de su misterio de salvación lo que genera la respuesta creyente que hace que el catecúmeno recorra un camino de conversión y de crecimiento interior hasta profesar con sus labios la fe que la Iglesia le entrega y así entrar en comunión con el Dios que sale a su encuentro y le invita a participar en su vida. De este modo, y por medio del anuncio del Dios vivo, señala el Directorio, “el catequista debe ayudar a la persona a leer de este modo lo que está viviendo, para descubrir la invitación del Espíritu Santo a la conversión, al compromiso, a la esperanza, y así descubrir cada vez más el proyecto de Dios en su propia vida”<sup>72</sup>.

La transmisión de la fe hará posible que cada hombre, sumido en el corazón del mundo, inmerso en todos los avatares de la historia, escuche la invitación interpelante y personal que Dios, por medio de Cristo en el Espíritu, le hace a establecer una relación de alianza: “Mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20) y de esta forma poder descubrir la verdad de las palabras de san Agustín: “porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras que no descansa en ti”<sup>73</sup>.

2) *Transmisión de la fe y vivencia de la comunión eclesial.*– En el catecumenado antiguo, después de las renunciaciones, el catecúmeno confiesa su fe trinitaria. “La fe no puede llegar a su plenitud en virtud de una decisión privada de conversión, que sólo llega a ser conversión si se hace confesión, si es abierta, si es recibida por la comunidad de los creyentes, si es un ser aceptada, un ser sumergida, un dejarse sumergir en esta comunidad. Por eso el acto de fe sólo puede acontecer, sólo puede llegar a sí mismo cuando se

---

<sup>70</sup> DGC 152.

<sup>71</sup> Rm 10,17.

<sup>72</sup> DGC 152.

<sup>73</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones* 1,1,1 (PL 32,659-661).

pone abiertamente ante la Iglesia y, en la doble vertiente de pregunta y respuesta, se deja aceptar, cobijar, sumergir, unificar en el sujeto único del credo: la *Mater Ecclesia*<sup>74</sup>. Realizar en el seno de la Iglesia la profesión de fe bautismal supone un gran viraje para la existencia del hombre. Creer trinitariamente supone volverse *communio*, ya que el Dios cristiano es un Dios de comunión<sup>75</sup>. El Bautismo funda comunidad de nombre con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, una comunidad de alianza. En este sentido el Símbolo es asimilado a un pacto que exige fidelidad<sup>76</sup>. “Cuando yo creo en Dios, cuando yo le doy mi fe, cuando –en respuesta a su iniciativa– yo me confío a él desde el fondo de mi ser, se establece entre él y yo un vínculo de reciprocidad de tal naturaleza, que la palabra “fe” puede aplicarse a cada uno de los interlocutores<sup>77</sup>. Se inicia entre el Dios trinitario y el hombre una comunión que evoca la relación esponsal: Dios se muestra fiel a realizar lo que prometió; el hombre debe mantenerse en una confianza total, en expectación de la ayuda divina, apoyándose firmemente en las promesas que Dios ha dado de su amor y fidelidad. Esta relación de alianza es una invitación a participar “en la relación con Dios del Hijo y a ser así promovidos a la unidad que reina entre el Espíritu y el Padre. Ser bautizado debería ser, pues, la llamada a participar de la relación con Dios de Jesús... participar en la relación filial<sup>78</sup>”.

De aquí que el profesar la fe en el Dios trinitario implique una forma determinada de vivir. Una de las dimensiones constitutiva del catecumenado consistía en adentrar al catecúmeno en la forma de vida cristiana. Esta decisión vital implica vivir dentro de una forma de vida ya dada de antemano, la forma de vida de la Iglesia de Jesucristo. La profesión de fe en el Dios de Jesucristo, “incluye un *ethos* muy preciso que, en la concesión o negación de la administración del bautismo, estaba y con razón estrechamente vinculado al diálogo de fe y lo que es aún más importante se había convertido en condición previa de aquella administración<sup>79</sup>”.

De esta forma por la profesión de la fe se produce un éxodo en la vida de la persona que radica en “el paso del yo privado al yo eclesial<sup>80</sup>”. El yo del

---

<sup>74</sup> RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos*, o. c., 130-131.

<sup>75</sup> Cf. *ibíd.*, 24.

<sup>76</sup> DE LUBAC, *La fe cristiana*, o. c., 355.

<sup>77</sup> *Ibíd.*, 148.

<sup>78</sup> RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos*, o. c., 35.

<sup>79</sup> *Ibíd.*, 23.

<sup>80</sup> *Ibíd.*, 24.

“creo”, es el de un creyente individual, ya que la fe es un acto individual y personal, pero es a la vez el de un creyente insertado en la Iglesia<sup>81</sup>. La fe que profesa ante Dios la recibe *in Ecclesia*, la conserva en comunión con ella y le liga a la misma<sup>82</sup>. El cristiano recibe la fe de la comunidad como Símbolo en el que la comunidad se reconoce<sup>83</sup> y lo injerta en una comunidad mayor de fe, amor y esperanza. Por tanto junto al aspecto personal de la fe, como vuelta de la existencia hacia Dios, no podemos ignorar la dimensión eclesial y comunitaria de la misma ya que es en la Iglesia en el lugar en el que se recibe la fe, donde crece y madura, y donde se comparte con el resto de creyentes. Por tanto, junto a la fe como acto de adhesión de la existencia a Dios, está la confesión de la fe, que consistiría en la adhesión común, pública y comprometedor a la única fe apostólica, transmitida por la Iglesia, a la que debe mantenerse siempre en fidelidad. De esta forma la fe es “compromiso personal y público, vínculo de comunión con todos los demás creyentes: tal es, pues la doble realidad que significa y efectúa la confesión de fe”<sup>84</sup>.

A la luz de estas reflexiones podemos comprender el alcance que tiene considerar el *Catecismo de la Iglesia Católica* como “instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial”<sup>85</sup>. El diálogo salvador de Dios con el hombre en Jesucristo se realiza en el seno de la Iglesia Madre que es una comunión. Esta comunión es la que posibilita el encuentro del hombre con Dios, pues la Iglesia entrega al catequizando los bienes que ha recibido del Señor y que hacen de ella una comunión en los bienes espirituales: el Símbolo de la fe, expresión de la comunión de la fe apostólica que se vive en

---

<sup>81</sup> “Hablamos de fe. Decimos: ‘Creo en Dios’. Pero esta fe, en su plenitud, ¿dónde se encuentra? Esta fórmula, ¿dónde se halla realizada en su perfección? Evidentemente, no en mí, en mi ser individual. No se encuentra en ninguno de mis hermanos... Ese ‘Yo’ que cree en Jesucristo no puede ser sino la Iglesia de Jesucristo. No, claro está, una hipóstasis soñada por nosotros y que estuviera por encima de nosotros, en un cielo irreal. Sino la comunidad misma de creyentes, creada por el poder de la Palabra, animada por el Espíritu de Cristo, y en la que cada uno de nosotros es partícipe, aunque no contribuya a formarla” (DE LUBAC, *La fe cristiana*, o. c., 194).

<sup>82</sup> Cf. *ibíd.*, 341. Para un amplio desarrollo del lugar del creyente en la Iglesia cf. *ibíd.*, 211-235.

<sup>83</sup> Como afirma H de Lubac, citando a J. A. Jungmann: “el Símbolo era el pasaporte gracias al cual un cristiano de viaje probaba su identidad ante una comunidad cristiana del extranjero” (*ibíd.*, 354). En definitiva, la comunidad se reconocía en la fe profesada en el Símbolo. Para un mayor desarrollo del Símbolo como forma de reconocimiento de la fe de la Iglesia: cf. *ibíd.*, 349-351.

<sup>84</sup> *ibíd.*, 361.

<sup>85</sup> FD 4.

su seno<sup>86</sup>; los sacramentos, expresión de la comunión sacramental por la que el Señor edifica su Iglesia, especialmente en la Eucaristía<sup>87</sup>; el mandamiento del amor, expresión de la comunión de vida propia del discípulo de Cristo y que le lleva a compartir los carismas y todos los bienes que ha recibido del Señor<sup>88</sup>; la oración del Padre nuestro, expresión de la comunidad orante de la Iglesia, significa el nuevo nacimiento a la vida divina que capacita al hombre para invocar a Dios como Padre<sup>89</sup>. Esta comunión en los bienes recibidos del Señor posibilita la comunión de todos los fieles en el seno de la Iglesia-Madre, pues, tal como se señaló en la Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos cuando utilizamos el término 'comunión' nos referimos principalmente: "se trata de la comunión con Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo. Esta comunión se tiene en la Palabra de Dios y en los sacramentos. El Bautismo es la puerta y el fundamento de la comunión de la Iglesia; la Eucaristía es la fuente y el culmen de toda la vida cristiana (cf. LG 11). La comunión con el Cuerpo eucarístico de Cristo significa y hace, es decir, edifica la íntima comunión de todos los fieles en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cf. 1Co 10,16s.)"<sup>90</sup>.

Todo un hontanar de implicaciones pedagógicas nace de esta consideración de la fe en su dimensión comunitaria, pública y confesante. Tratemos de señalar algunas de ellas.

En primer lugar, el Catecismo es una invitación a redescubrir la dimensión comunitaria y eclesial de la transmisión de la fe. El *Directorio General para la Catequesis* insistió en la dimensión eclesial de la transmisión y educación de la fe al afirmar que "el verdadero sujeto de la catequesis es la Iglesia que, como continuadora de la misión de Jesucristo Maestro y animada por el Espíritu ha sido enviada para ser maestra de la fe"<sup>91</sup> entregando la fe que ella misma conserva, anuncia, celebra y vive. De aquí surgirán grandes implicaciones que atañen a la identidad del catequista y a su modo de catequizar y educar en la fe. Entre ellas hemos de poder señalar su clara identidad cristiana y eclesial. Si el catequista ha de ser testigo de la fe, "maestro de

---

<sup>86</sup> Cf. CCE 949.

<sup>87</sup> Cf. *ibíd.*, 950.

<sup>88</sup> Cf. *ibíd.*, 951-953.

<sup>89</sup> Cf. *ibíd.*, 2769.

<sup>90</sup> ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS DE 1985, "Relación final" 18, en: J. A. MARTÍNEZ PUCHE (ed.), *Documentos Sinodales II. Discursos de apertura y clausura. Mensajes y Documentos del Sínodo de los Obispos (1965-1994)* (Madrid 1996) 399.

<sup>91</sup> DGC 78.

vida cristiana” sólo podrá hacerlo en la medida en que viva inmerso en el torrente de vida de la Iglesia. Es verdad que la formación de catequistas ha de cultivar tres dimensiones fundamentales: el ser, el saber y el hacer; pero en el momento actual hemos de incidir, sin descuidar las otras dimensiones, en el ser.

En efecto, como afirma el Directorio, “la formación de los catequistas no es otra cosa que un ayudar a éstos a sumergirse en la conciencia viva que la Iglesia tiene del Evangelio, capacitándoles así para transmitirlo en su nombre”<sup>92</sup>. El catequista inmerso en el seno de la Iglesia, que ama a la Iglesia y la contempla como Madre y Maestra de su fe —en palabras de H. de Lubac, la contempla como “esta gran Madre en cuyas rodillas lo hemos aprendido todo y donde continuamos cada día aprendiendo todo”<sup>93</sup>—, será capaz de introducir en la vida de la Iglesia al catequizando. Si no profesa la fe eclesial, si está alejado de la celebración sacramental, si no conoce ni vive el estilo de vida evangélico, si no vive la relación filial con Dios por medio de la oración, ¿cómo va a transmitir la fe de la Iglesia? ¿Cómo va a iniciar en la celebración litúrgica? ¿Cómo va a enseñar el estilo de vida evangélico? y ¿cómo va a introducir a los catequizandos por los caminos de la oración?

En segundo lugar, manifiesta la exigencia de utilizar una pedagogía que introduzca en la comunión de la Iglesia. Recientemente el papa Juan Pablo II en su carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* manifestaba una de las grandes exigencias del momento actual que consiste en “hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”. Y añadía: “Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano (...) Espiritualidad de comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado”<sup>94</sup>.

La transmisión y educación de la fe constituirá un instrumento valioso para introducir al cristiano de hoy en la realidad comunitaria de la Iglesia. El texto pontificio invita a dirigir la mirada hacia dónde reside la fuente de la comunión eclesial, es decir, hacia el misterio del Dios trinitario. En la medida en que este misterio se contempla y se vive el creyente se transforma en instrumento de dicha comunión. Aquí reside la especificidad de la educación

---

<sup>92</sup> DGC 236.

<sup>93</sup> H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia* (Madrid 1980) 215.

<sup>94</sup> NMI 43.



de la fe como servicio a la comunión. Si Dios edifica la comunión eclesial por medio de la fe confiada a los Apóstoles, por la celebración sacramental, por la oración y la vivencia de la caridad, la educación de la fe será escuela de comunión en la medida que transmita íntegramente la fe, invite a celebrar los sacramentos, enseñe a vivir en cristiano e inicie a la oración. La educación de la fe será escuela de comunión en la medida en que no descuide ninguna de estas tareas o pilares de la catequesis, sino que por medio de ellas ayude a descubrir la dimensión comunitaria de la fe. Tal como afirma el Catecismo: “Crear es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la Madre de todos los creyentes. Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre”<sup>95</sup>.

3) *Dimensión doctrinal del Símbolo*. - El asentimiento de la fe necesita hundirse en la palabra oída que suscita la fe. “Nuestra fe de cristianos no puede aceptar el permanecer sepultada bajo el subsuelo de la conciencia como una opinión estéril. Es muy importante que seamos discípulos no de un dinamismo sin contenido, sino de un Verbo revelador al que nada, ni siquiera los valores, puede reducir a la complicidad del silencio”<sup>96</sup>. “El lenguaje objetivo del Credo ha de ser la manifestación del lenguaje existencial del acto del que da testimonio... La fe del cristiano que se dirige a Dios, debe expresarse también al exterior... Nuestra fe exige de nosotros el servicio del corazón y el de la lengua”<sup>97</sup>. Si en un primer momento la fe es un “creen en”, existe un segundo momento de “creer que”. Ambos están unidos en el acto de la fe, aunque el segundo enunciado presupone el primero, ya que “yo puedo afirmar: *Credo in Deum*, porque al principio dije *Credo in Te, Deus meus*”<sup>98</sup>. En el Símbolo encontramos el contenido esencial de la fe, la expresión objetiva y pública de nuestro “creer que”. “Después de volverse hacia Dios, en un impulso de todo su ser, para expresarle su fe, el cristiano, sin desviar su pensamiento de la presencia divina, se vuelve, pues, inmediatamente hacia los hombres para confesar ante ellos lo que él cree”<sup>99</sup>. En este sentido los símbolos se consideran como el *breviarium fidei* (resumen de la fe) que condensan la esencia de la Escritura<sup>100</sup>; la *collatio* en

---

<sup>95</sup> CCE 181.

<sup>96</sup> Cf. DE LUBAC, *La fe cristiana*, o. c., 334.

<sup>97</sup> *Ibíd.*, 331.

<sup>98</sup> *Ibíd.*

<sup>99</sup> *Ibíd.*, 332.

<sup>100</sup> Cf. *ibíd.*, 357.

la que esta compendia brevemente la suma de toda la fe cristiana<sup>101</sup>; la *confessio* en la que se reconoce y proclama el objeto de la propia fe<sup>102</sup>, expresión elaborada de “la regla de fe” que se remonta a los Apóstoles<sup>103</sup>.

Hacia los tres artículos del Símbolo, como en su “punto focal”, convergen todas las líneas de fuerza de la revelación atestiguadas en la Escritura. “El nexos fundamental AT-NT, NT-Credo es el eje de la fe eclesial, que encierra igualmente multiplicidad y unidad”<sup>104</sup>. Respecto a la Sagrada Escritura el Símbolo es una culminación y una recapitulación que indica su sentido más profundo. Presenta de manera sencilla la unidad inmanente en la diversidad del rico testimonio del Antiguo y del Nuevo Testamento que converge en Cristo. Al presentarse con una autoridad apostólica tiene un valor normativo para la fe, de forma que el Símbolo se presenta como el punto de partida de la tradición eclesial y como la matriz de la enseñanza catequética y de la profundización dogmática.

Hemos de preguntarnos acerca de la función de los enunciados de la fe. Santo Tomás a este respecto afirma: *actus autem credentis non terminatur ad enuntiabile, sed ad rem*<sup>105</sup>. Así, al proclamar los artículos de la fe, la fe empuja hacia adelante, hacia la misma verdad, como afirma santo Tomás: *artículos (fidei) est perceptio veritatis tendens in ipsam*<sup>106</sup>. La profesión de la fe objetiva la apertura del hombre al misterio de Dios que se concretiza en el acto de la fe. “La fe, objetivada en el conocimiento y profesada en la palabra, la *fides quae creditur*, sigue estando en la tensión del acto con el que creyendo, el hombre se abandona al misterio, de aquella *fides qua creditur* que es la fuente profunda de todo pensamiento creyente”<sup>107</sup>. Los enunciados de fe sostienen y animan el movimiento de la fe orientándolo hacia Aquél a quien el creyente se adhiere. “La afirmación de la fe es un acto de *tendere* una transición a la realidad de Cristo resucitado, en el que tocamos a Dios mismo. Si la tensión, por tanto, del *tendere*, la esencial proyección de todas las formulaciones lingüísticas a la realidad envolvente del Señor mismo, for-

---

<sup>101</sup> Cf. DE LUBAC, *La fe cristiana*, o. c., 357.

<sup>102</sup> Cf. *ibíd.*, 337.

<sup>103</sup> Cf., *ibíd.*, 24-25.

<sup>104</sup> J. RATZINGER, “Las dimensiones del problema. Comentario a las tesis I-VIII”, en: COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El pluralismo teológico* (Madrid 1976) 44.

<sup>105</sup> SANTO TOMÁS, *Summa Theol.* II-II, q. 1.a. 2 ad 2m.

<sup>106</sup> *Ibíd.*, II-II, q. 1.a. 6 sed contra.

<sup>107</sup> FORTE, *La teología como compañía*, o. c., 64.

ma parte de la esencia de toda afirmación de fe, esto significa que la fórmula pierde su sentido si se desliga de la *tensio* (tensión) hacia el *Kyrios*. Es decir, entre la *fides quae* y la *fides qua*, entre la afirmación de contenido y la realización personal de la fe hay una unión indisoluble; la tensión espiritual del ánimo hacia el Señor es el lugar interior de las proposiciones de fe, que no son realizables sin este movimiento interior<sup>108</sup>. Y, a la vez, la tensión del movimiento de la fe hacia Aquel en quien el creyente cree, hace que el saber de la fe alcance la realidad divina precisamente al ser constantemente trascendido por ésta.

Los enunciados de la fe poseen una estructura sacramental, así en la línea de santo Tomás, se puede afirmar que las formas lingüísticas y simbólicas transmitidas por la Iglesia, tienen la función de trascenderse a sí mismas y de apuntar al insondable misterio de Dios<sup>109</sup>. Esto se hace patente en la alabanza a Dios por lo que Él es y por sus obras. En este sentido la confesión de fe bautismal posee una función doxológica y de adoración; por medio de las pobres palabras el creyente proclama, testimonia y reconoce el objeto de la propia fe convirtiendo sus palabras en un acto de alabanza y acción de gracias por las hazañas divinas por las *magnalia Dei* realizadas en favor de los hombres<sup>110</sup>. “Así pues, la estructura del Símbolo expresa algo que está en el corazón de la fe cristiana: ésta es una confesión indisolublemente trinitaria y cristológica puesto que es Cristo el que revela el misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu. Es también un Credo histórico, que profesa la gran serie de iniciativas de Dios desde el Alfa de la creación hasta el Omega de la Parusía<sup>111</sup>. El uso del Símbolo en la liturgia muestra la íntima relación existente entre la *lex orandi* y la *lex credendi*. El reconocimiento creyente y adorante de Dios es presupuesto, acompañante y meta de la liturgia bautismal en la que el Símbolo se recita.

Contemplar la catequesis bajo la óptica de la *traditio-redditio Symboli* nos recuerda la importancia doctrinal de la catequesis. El *Catecismo de la Iglesia Católica* en función de su naturaleza de instrumento al servicio de la transmisión de la fe se presenta como “una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, atestiguada e iluminada por la sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio de la Iglesia<sup>112</sup>.”

<sup>108</sup> RATZINGER, *Las dimensiones del problema*, a. c., 17.

<sup>109</sup> Cf. W. KASPER, *Teología e Iglesia* (Barcelona 1989) 123-125.

<sup>110</sup> Cf. DE LUBAC, *La fe cristiana*, o. c., 340.

<sup>111</sup> SESBOÛE, *El contenido de la tradición*, a. c., 82.

<sup>112</sup> FD 4.

El Catecismo es una invitación a no descuidar ninguna de las dimensiones del acto de la fe: subjetiva y objetiva; movimiento del hombre hacia Dios y aceptación de la palabra escuchada. Por tanto una verdadera pedagogía al servicio de la fe debe ser capaz de transmitir el mensaje del Evangelio y la fe de la Iglesia sin traicionarlos.

El *Directorio General para la Catequesis* hace una observación importante a este respecto: “El que se ha encontrado con Cristo desea conocerle lo más posible y conocer el designio del Padre que él reveló. El conocimiento de los contenidos de la fe (*fides quae*) viene pedido por la adhesión a la fe (*fides qua*). Ya en el orden humano, el amor a una persona lleva a conocerla cada vez más. La catequesis debe conducir, por tanto, a la “comprensión paulatina de toda la verdad del designio divino” introduciendo a los discípulos de Jesucristo en el conocimiento de la Tradición y de la Escritura, que es la “ciencia eminente de Cristo”(Flp 3,8). Este profundizar en el conocimiento de la fe ilumina cristianamente la existencia humana, alimenta la fe y capacita también para dar razón de ella en el mundo. La “entrega del Símbolo”, compendio de la Escritura y de la fe de la Iglesia, expresa la realización de esta tarea”<sup>113</sup>.

La entrega del Símbolo nos recuerda que la finalidad de toda la transmisión y educación de la fe conducirá a que el catequizando profese la única fe de la Iglesia, recibida de los Apóstoles. La transmisión de la fe actual no puede dejar de lado la formulación que la Iglesia ha acuñado a lo largo de los siglos, ya que estas fórmulas de fe nos acercan a las realidades que son el objeto de nuestra esperanza y, a su vez, nos permiten “expresar y transmitir la fe, celebrarla en comunidad, asimilarla y vivir de ella cada vez más”<sup>114</sup>. La Iglesia por medio de la educación de la fe ha de iniciar a sus hijos en este lenguaje que nos une a todos para manifestar el misterio salvador de Dios. Así “ella es la que guarda la memoria de las palabras de Cristo, la que transmite de generación en generación la confesión de fe de los apóstoles. Como una madre que enseña a sus hijos a hablar y con ello a comprender y a comunicar, la Iglesia, nuestra Madre nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en la inteligencia y la vida de la fe”<sup>115</sup>.

De aquí la necesidad de una pedagogía vinculada a la “memoria” de la Iglesia, presencia viva del Señor en medio de su pueblo. Una pedagogía que inspirándose en la estructura de la *traditio-redditio* introduzca al catequizando

---

<sup>113</sup> DGC 85.

<sup>114</sup> CCE 171.

<sup>115</sup> *Ibíd.*

en la memoria de fe de la Iglesia para que éste la proclame en su vida. El *Directorio General para la Catequesis* recuerda que la memoria es un elemento constitutivo de la pedagogía de la fe. Y añade que “se han de considerar oportunamente como objeto de memoria las principales fórmulas de la fe, ya que aseguran una exposición más precisa de la misma y garantizan un rico patrimonio común doctrinal, cultural y lingüístico. El conocimiento y asimilación de los lenguajes de la fe es condición indispensable para vivir esta misma fe”<sup>116</sup>.

Señalar la recuperación de la memoria en la catequesis no significa apostar por una memorización mecánica y repetitiva, sino integrada en los distintos elementos que configuran el aprendizaje, para ofrecer al cristiano las principales fórmulas de fe con las que podrá comunicar el misterio que le hace vivir y le hace participar en la vida de Dios, derramada en el hombre como un don.

---

<sup>116</sup> DGC 154.